



1° Jornada Mundial de los Pobres

19/11/17

No amemos de Palabra, sino con obras (1Jn 3, 18)

El Santo Padre ha instituido la **1° Jornada Mundial de los Pobres** que se celebra el domingo anterior a la Solemnidad de Cristo Rey, este año es el domingo 19 de noviembre. Lo hace como fruto del año de la Misericordia, y recordando también al beato Pablo VI cuando afirmaba: “los pobres pertenecen a la Iglesia por derecho propio”, y la obligan a la opción fundamental por ellos. Francisco nos habla de reaccionar ante una “cultura del descarte y el derroche”, que nos “disponga a compartir con los pobres cualquier acción de solidaridad, como signo de encuentro y de fraternidad”. La cercanía con el pobre es un claro testimonio de fidelidad al evangelio de Jesucristo que hizo de ellos sus preferidos, con quienes se ha identificado y desde quienes nos interpela. Para participar de esta Jornada les comparto el **Mensaje de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Argentina:**

1. El Papa Francisco, como fruto del año de la Misericordia, ha invitado a toda la Iglesia a

celebrar la 1ª Jornada Mundial de los Pobres, que se realizará el próximo domingo 19 de noviembre.

Su deseo es que *“en todo el mundo las comunidades cristianas se conviertan cada vez más y mejor en signo concreto del amor de Cristo por los últimos y los más necesitados.”*

[1] Será una oportunidad para desplegar actitudes evangélicas de misericordia, de cercanía, de escucha compasiva, mirada atenta, y compartir la oración y la alegría del amor de Dios por todos.

“Esta Jornada tiene como objetivo, en primer lugar, estimular a los creyentes a que reaccionen ante la cultura del descarte y del derroche, haciendo suya la cultura del encuentro, pero al mismo tiempo, la invitación está dirigida a todos, independientemente de su confesión religiosa, para que se dispongan a compartir con los pobres con cualquier acción de solidaridad, como signo concreto de fraternidad” [2].

Los obispos argentinos alentamos y animamos a las comunidades, a las personas consagradas, a las asociaciones, a los movimientos y al amplio mundo del voluntariado, a disponer lo necesario para que esta Jornada se desarrolle como fiesta de la misericordia junto a los más pobres y a los que sufren.

La Palabra de Dios nos ilumina

2. Nuestra fe en Dios Padre y Creador nos lleva a ver en cada hombre a un hermano. Cristo, por su encarnación, está unido de algún modo a cada ser humano, y este vínculo fundamenta la fraternidad universal y la altísima dignidad de cada hombre y mujer. Esta realidad nos compromete a una cultura del encuentro, a la defensa y a la promoción de la dignidad de todos y a cooperar por una sociedad más justa.

Para esto, Jesús eligió el camino del despojo y de la humillación; ocultó su gloria en su vida pobre y en la oscuridad de su entrega, hasta la cruz. También hoy su gloria se mantiene oculta en la persona de los pobres y humillados, a los que sigue nombrando sus *“más pequeños hermanos”*, como en la parábola del juicio final (Mt25,40). Nuestra fe reconoce así la sublime dignidad de los pobres, y su calidad de ser *“sacramento”*

de su presencia.[3]

Mientras el mundo actual tiende a desentenderse del pobre y del débil, y busca expandir un consumismo que termina excluyendo a los que menos tienen, Jesús exige que los pobres sean evangelizados y que les llegue la *“buena noticia”* (cf. Is 61,1-2; Lc 4,18). Hoy una gran parte de nuestro pueblo es pobre: lo es en el interior del país como también en el cinturón de nuestras ciudades. Esta condición indigna se hace visible en la marginación económica, política y social, y también en la falta de un anuncio de fe que ilumine esas situaciones de carencia, de debilidad y de sufrimiento.

Como María de Nazareth es necesario proclamar que Dios y su acción operante en los creyentes es capaz de cambiar sistemas de desigualdad e inequidad (cf. Lc 1,51-53). En esta perspectiva, la realidad del pobre resulta evangélica porque abriga una esperanza continua de cambio y, es mariana, porque dispone a que Dios intervenga con su fuerza y su poder en este cambio.[4]

Los predilectos de Jesús

3. Jesús tuvo una predilección particular por los pobres y los que sufren (cf. Mt 25,31-46):

necesitados de pan (cf. Jn 6,5s.), y también de sus palabras de vida (cf. Jn 6,68). Ellos también hoy nos estimulan y desafían al don, a la equidad y a la justicia. Escuchar sus clamores y compartir con ellos el camino de la vida y la fe, nos integran y nos hacen artífices de igualdad y fraternidad, experimentando el gusto espiritual de ser un solo pueblo.[5]

En este espíritu, la Iglesia anuncia la bienaventuranza de la pobreza como la virtud que hace descubrir el sentido de la austeridad ante los bienes y la riqueza. La pobreza evangélica impulsa a compartir con alegría lo que se es y lo que se posee, para retener sólo lo necesario. Es una propuesta de vida y un ejercicio de libertad de espíritu, como lo hicieron y hacen muchos cristianos inspirados en las palabras de Jesús (cf. Mt 5,3; cf. Lc 6,20).

Desde el evangelio se favorece siempre un «*círculo virtuoso*» entre una pobreza «*que conviene elegir*»

, y otra pobreza

«*que es preciso combatir*»

; y ésta es la pobreza sinónimo de miseria, con frecuencia resultado de injusticias y provocada por el egoísmo, que trae indigencia y hambre, y favorece los conflictos.[6]

El espíritu de pobreza anunciado y vivido por Jesús corrige dos desmesuras: la avaricia y el despilfarro. Inspira y libera nuestra capacidad solidaria y hace que cada ser humano resulte un dispensador de bienes. La vida es un don y no una propiedad, y debemos crecer en la capacidad de ser administradores de bienes que liberen el sufrimiento de tantos. Ser artífices de una justicia nueva empeña el trabajo y un esfuerzo especial de honestidad frente a la corrupción tan extendida.[7]

Vivir con alma de pobres hace visible en la comunión de lo que somos y tenemos. Así lo experimentaron las primeras comunidades cristianas, en las que se compartía la fe, la vida cotidiana y los bienes según las necesidades de cada uno (cf. Hch 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). Este espíritu de pobreza lleva a una felicidad que nace de la alegría de haber encontrado al Señor, que *“siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza”* (2Cor 8,9).

Hacia una acción eficaz

4. La dureza del momento presente y la autenticidad del compromiso exigen a todo bautizado realizar una acción eficaz de promoción de la justicia, de alivio del dolor y de una defensa de la real dignidad del pobre, del débil y del indefenso. Redescubrir el valor evangélico de la pobreza implica entonces opciones concretas de justicia y de solidaridad. En una patria dotada de todo tipo de recursos y posibilidades, la falta de coherencia de la fe y de vivir una solidaridad sostenida en el tiempo es en gran medida la causa de los niveles de miseria que mucha gente sufre.

El mensaje de justicia social del profeta Amós que denunciaba la insensibilidad de sus oyentes porque *“no se afligen por el desastre su pueblo”* (Am 6,7) es hoy muy actual; igual que la indiferencia del rico ante la indigencia de Lázaro en la parábola de Jesús (Lucas 16,19s.). Ese desinterés y frialdad por el que sufre, instaura en la tierra un sistema férreo de desigualdad.

En el Antiguo Testamento el sabio creyente oraba así: *“Hay dos cosas que yo te pido, no me las niegues antes que muera: aleja de mí la falsedad y la mentira; no me des ni pobreza ni riqueza, dame la ración necesaria, no sea que, al sentirme satisfecho, reniegue y diga: «¿Quién es el Señor?»», o que, siendo pobre, me ponga a robar y atente contra el nombre de mi Dios”*

(Prov 30,8-9). Esos fieles comprendieron que los bienes en esta tierra sirven si son útiles para vivir con armonía la relación con Dios y con el prójimo, que la riqueza acumulada como fin en sí resulta dañosa, pero que entendida como bien útil es un tesoro para bien del que las posee y

para el bien común.

Para tener en cuenta

5. Para la celebración de la Jornada, el Papa Francisco nos invita a organizar “*diversos momentos de encuentro y de amistad, de solidaridad y de ayuda concreta. Podrán invitar a los pobres y a los voluntarios a participar juntos en la Eucaristía de ese domingo, de tal modo que se manifieste con más autenticidad la celebración de la Solemnidad de Cristo Rey del Universo, el domingo siguiente.*” [8]

También nos recuerda que el “fundamento de las diversas iniciativas concretas que se llevarán a cabo durante esta Jornada será siempre la oración. No hay que olvidar que el Padre nuestro es la oración de los pobres. La petición del pan expresa la confianza en Dios sobre las necesidades básicas de nuestra vida.” [9]

Finalmente, nos pide a cada uno que “*en ese domingo, si en nuestro vecindario viven pobres que solicitan protección y ayuda, acerquémonos a ellos: será el momento propicio para encontrar al Dios que buscamos. De acuerdo con la enseñanza de la Escritura (cf. Gn 18, 3-5; Hb 13,2), sentémoslos a nuestra mesa como invitados de honor; podrán ser maestros que nos ayuden a vivir la fe de manera más coherente. Con su confianza y disposición a dejarse ayudar, nos muestran de modo sobrio, y con frecuencia alegre, lo importante que es vivir con lo esencial y abandonarse a la providencia del Padre.*” [10]

Bajo la protección de la Virgen María

6. La Virgen María conoce la fuerza transformadora del amor y de la ternura. “*María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura.*”

[11] El gesto sencillo, cotidiano, cercano y atento, con la dulzura de la preocupación por las necesidades del hermano, hacen posible una transformación que es propia del amor.

A ella le pedimos que esta Jornada sea una oportunidad para que crezca el compromiso de todos en el amor hacia los más pobres y que afiance el caminar de nuestra patria en la que todos nos sintamos y seamos sus artífices de la “cultura del encuentro”.

[1] PAPA FRANCISCO, *Mensaje I Jornada Mundial de los pobres*, N° 6..

[2] Ídem

[3] CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA. *Líneas Pastorales para la Nueva Evangelización*, N° 27.

[4] Ídem, N° 32.

[5] Cf. PAPA FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 268.

[6] Cf. PAPA BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 107.

[7] Ídem, N° 57.

[8] PAPA FRANCISCO, *Mensaje*, cit., N° 7.

[9] Ídem, N° 8

[10] Ídem, N° 7

[11] PAPA FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii gaudium*, N° 286.

